

REVOLUCION Y TAREA UNIVERSITARIA

No con poca frecuencia encontramos estudiantes de izquierda que piensan o sienten que estudiar o participar en las actividades de gobierno universitario, en contraste con la acción política externa, es traición a la praxis revolucionaria, y por último, traición a secas.

Son estudiantes que han percibido la inhumanidad de la sociedad de clases y que experimentan de modo lacerante la consiguiente necesidad de participar en una praxis revolucionaria que lleve al colapso el orden de cosas vigente. La satisfacción de esta necesidad imperiosa de acción urgente varía, en forma decreciente, desde un acto revolucionario militar hasta un trabajo técnico de gobierno universitario. El revolucionario armado y el intelectual revolucionario serían como los extremos del grado de realidad que tendría la actividad revolucionaria en sus diversos niveles. Y nadie podrá dudar que, hasta ahora, el pensamiento no ha ejecutado verdugos, no vuela puentes ni ha derrotado ejércitos. Aun en el propio terreno de las ideas, un solo acto revolucionario, hace poco en nuestro país, significó más propaganda que mil conferencias juntas.

Aquel juicio del estudiante es, en muchos casos, el juicio de la frustración, subjetividad producida por hechos muy objetivos que vamos a señalar. El estudiante puede actuar, políticamente, fuera de la universidad, en tareas de propaganda entre los medios obreros, campesinos y de pobladores; colaborar en sus movimientos, participar en sus luchas callejeras; como militante, fundar organismos de masa y células partidarias, hacer trabajo interno de organización partidaria; promover agitación estudiantil en apoyo a los movimientos de los trabajadores o con otros fines directamente vinculados a la lucha de clases y, finalmente, lo máximo, participar indirecta o directamente en la lucha armada. El conjunto de cada una de estas acciones —suponiendo que sean piezas de una estrategia cuyo principio es la lucha violenta de clases— constituye la lucha de clases misma, en su terreno primario y fundamental y en su forma política; es la lucha inmediata por el poder; es la destrucción del enemigo ya física, militarmente, o por la reducción de su poder, arrebatán-

dole su influencia en el terreno ideológico y en el control de las masas. Cada uno de esos actos es poder que se ejerce contra poder. Además, la lucha gremial de los trabajadores presenta la posibilidad de su conversión *inmediata* en acción política. El estudiante que participa en todas aquellas acciones siente que tiene una obra revolucionaria entre sus manos, en forma inmediata. Aún el rayado durante la noche, burlando a la policía, es una agresión al régimen, un llamado al explotado en que se le da una orientación. Desde luego, no nos referimos a rayados para caminar de Valparaíso a Santiago.

En la universidad, por el contrario, la mayor parte del tiempo, el dirigente estudiantil resiste largas y tediosas sesiones —los organismos colegiados de la llamada Reforma—, sobre todo donde la languidez y la dispersión mental corren por cuenta de los docentes. Aquí el ascendiente de masas debe mantenerse no sólo a través de la adhesión que despierta la posición política sino también con un aburrido trabajo gremial menudo que nada tiene que hacer con la revolución. No todos los días ocurren, o es posible suscitar, movilizaciones de carácter claramente político. Y, cuando se logran, el dirigente puede advertir, muchas veces, el carácter mezquino de la clase media en los estudiantes que toman las huelgas como vacaciones; o el hecho amargo de que en escuelas definidas por elecciones como mayoritariamente de izquierda un escaso número acuda a la lucha callejera o a las diversas tareas de la movilización.

La Reforma movilizó, en su primera fase, sin embargo, a gran número de estudiantes. Un factor importante de ello fue que la democratización exigida era una subversión total del régimen de gobierno universitario y significaba el derrumbe estrepitoso de los viejos barones. Esta demanda entroncaba perfectamente con el radicalismo del estudiante de izquierda. La lucha por mayor presupuesto universitario puede también resultar atractiva para aquel en cuanto implica un enfrentamiento con un gobierno que no lo otorga por razones políticas. Pero ciertas metas, como la redistribución presupuestaria racional dentro de la misma Universidad o de una Facultad ya es algo que aparece de

menor interés, pues no se lo ve ligado a la acción revolucionaria. Tan poco interés, o menor, tienen también asuntos como la existencia o inexistencia de Consejos Normativos, Ejecutivos, de Carrera y los mil organismos del laberinto burocrático que la astucia de los nuevos grupos de poder universitario han creado para afianzar su dominio.

Así, algunos estudiantes de izquierda se impacientan, se frustran y abandonan el terreno universitario como frente de lucha. En estas experiencias se origina, en buena parte, la idea de que la Universidad, por ser una institución del sistema donde la clase media encuentra un reconocimiento oficial a su arribismo, no puede cumplir ningún papel revolucionario y que la Reforma viene a resultar en regalar al régimen un organismo modernizado.

Pero entonces ocurren cosas como ésta: que los niveles más reales, más verdaderos, de acción revolucionaria pasan, y tienen que pasar, por vicisitudes que exigen el apoyo político, la movilización pronta y efectiva de los estudiantes. La persecución, tortura y prisión de revolucionarios se realiza tranquilamente. Se trata de movilizar a los estudiantes y no hay respuesta. Esa represión, por otra parte, en las actuales circunstancias, de alguna manera va a terminar en la Universidad. Esto, y el hecho mismo que se pide movilización a la Universidad están señalando que actualmente algún papel político cumple en el proceso revolucionario nacional, cosa que lo demuestra también los ataques que recibe de parte de la reacción.

De modo que los niveles más reales de lucha se ven afectados por la abstención universitaria, este terreno declarado como falso terreno de acción revolucionaria. Al dar curso a la frustrada subjetividad que originó este frente, se da curso también a algo porfiadamente objetivo: la carencia de apoyo político masivo para los actos revolucionarios.

La posibilidad de escoger entre dos frentes de lucha no se le presenta al obrero, al campesino o al poblador; sólo tienen uno. Su lucha no es sino la lucha por su existencia humana, es inmediata a su condición de explotado que sólo puede eliminar a

través de aquella. El tránsito de la lucha sindical a la armada es, o una culminación espontánea de su rebelión —caso de un levantamiento general— o producto de su mayor inteligencia del camino efectivo de su liberación. Pero siempre es una conducta arraigada en algo concreto y material: la condición de explotado. El estudiante, por el contrario, puede elegir trabajar políticamente dentro o fuera de la Universidad; puede elegir, además, trabajar para la revolución a través de la práctica o a través de la idea. La ubicación de su frente es un problema que sólo se le plantea a un individuo que no trabaja con las manos. Es el problema que se le plantea a un intelectual.

El estudiante que percibe la inhumanidad de la sociedad de clases —hablando del joven que lo percibe realmente, no del snob— lo hace a través de la inteligencia, por medio de una gran capacidad perceptiva, no como la experiencia propia de la explotación. Este principio espiritual de su conversión no necesariamente carece de menos fuerza que el principio material del explotado. Ocurre muchas veces que la acción revolucionaria comienza con la acción del individuo miembro de la clase explotadora, la que abandona movido sólo ideológicamente; conocemos ya muchos casos donde la categoría “pequeño burgués” no significa nada. En el caso de los estudiantes que estamos examinando, el origen que tiene su conversión en este elemento espiritual determina una primera fase de su conciencia revolucionaria para la cual la acción revolucionaria directa, en contraste con una lucha en el terreno universitario, aparece como la inmediata y decisiva para terminar con la explotación y la segunda, una distracción criminal.

Y, no habiéndose apropiado aún el modo dialéctico y materialista de pensamiento plantea la exclusión e incompatibilidad tajante de dos aspectos diferentes de una misma lucha. Todavía sus “NO” son “NO” absolutos. (Este es el error preciso que nos ocupa en estas líneas). Y por su necesidad de praxis directa y su repugnancia hacia la universitaria, en cuanto existen como sentimientos y en cuanto su rechazo absoluto del papel político de la Universidad no es más que la negación abstracta, simplista que hace el sentimiento, no es más que emoción vestida de pensamiento, se comporta con el arrebatismo característico del intelec-

tual no marxista que no acepta más realidad que la lógicamente inmediata a su principio. Se trata entonces de llevar esa primaria actitud revolucionaria a una actitud revolucionaria pensada, de elevar el sentimiento de rebeldía hasta el cerebro revolucionario, para que no se siga abandonando un frente de lucha que cumple un papel en el conjunto del proceso, y que, por tanto, es una necesidad que debe ser atendida. ¿Cuál es ese papel?

Desde el punto de vista político, hay cosas que se pueden esperar de la Universidad y cosas que no se pueden esperar. En primer lugar, respecto del discutido significado político de la Reforma, ésta no es la revolución. La democratización —en la medida que sea verdadera, y la burocracia “reformista” hace todo lo posible para dar cuenta de ella— implica eliminar la arbitrariedad, las presiones, etc., en el gobierno universitario, y en la medida que éste es público y participan los estudiantes, se dificulta la persecución ideológica: docentes de ideología marxista no estarían actualmente en la Universidad si las cosas hubieran continuado como antes. La Reforma, de realizarse, significa, por lo menos, la seguridad —en lo que dependa de la estructura universitaria misma— para la cátedra de pensamiento marxista.

La Universidad, en cuanto sea foco de pensamiento crítico permanente —y no se convierta él mismo en institución— contribuye, sobre la base del ascendiente que tiene sobre el pueblo, a romper la hegemonía ideológica de la clase explotadora sobre la sociedad. Además, se necesitan teóricos, en las actuales condiciones del proceso revolucionario, que estén permanentemente cuidando la vigencia de las formulaciones estratégicas. Se necesitan también ideólogos que se repartan por el país.

Por otra parte, esta Universidad ha procurado cuadros a la praxis revolucionaria. Como organismo de masas, puede brindar apoyo político masivo a la acción revolucionaria vertebral, con todas las ventajas logísticas que ello significa.

La Universidad, cumpliendo lo anterior, sólo es un aspecto del proceso revolucionario global. La Universidad no se levantará en armas; puede ser ocasión para la culminación de la lucha de clases, pero sólo eso: ocasión. El proceso que lleva a la culmi-

nación está fuera de sus manos. Además, su papel político es transitorio; en la medida que más eficazmente lo cumpla, más cercana e inevitable está su destrucción definitiva por las fuerzas de la reacción.

Nada más se puede esperar de la Universidad para el proceso revolucionario.

Este frente, pues, reclama atención. Evidentemente es un frente casi siempre ingrato para un joven revolucionario: el ascendiente de masas allí no se puede mantener sólo con ideas políticas; se conserva y se nutre también trabajando por los intereses concretos gremiales de la masa, y la necesidad de influir y movilizar la masa estudiantil ya la hemos examinado.

Un proceso revolucionario, en determinada fase, necesita cuadros revolucionarios en la acción directa, todos los que pueda lograr. Y también cuadros en los frentes de masas. Muchos de aquellos han salido de la Universidad; ésta necesita también dirigentes. Ambas necesidades se satisfacen en ésta: un esfuerzo gigantesco en el trabajo universitario, para suministrar todos los cuadros que se necesitan fuera y reemplazar a los que deben estar dentro.

Al comienzo de este trabajo habíamos dicho que la producción de un intelectual no derrotaba ejércitos. Ahora podemos ver que su producción culmina, alcanza realidad y se justifica en el momento en que surge en el estudiante la decisión de marchar a derrotar al enemigo en el terreno en que todos los conflictos finalmente se dirimen. Y llegará también una fase del proceso en que los intelectuales, la actividad universitaria, por la fuerza de las cosas, deberán abandonar las armas de la crítica para ir a empuñar la crítica de las armas. Entonces la Universidad, si es que la hay, será el recinto en que sólo queden los inválidos.